

ct

Sólo existe la noche

de
Manu Collado

(fragmento en castellano)

Sala vacía.

Una silueta recorre la escena y se hace carne cuando es bañada por la luz. Todavía no es Miguel HERNÁNDEZ. De momento no es más que una forma esperando su contenido. Una forma que va formándose, quitándose modernidad conforme habla y asume su sacrificio.

(AÚN NO) HERNÁNDEZ

Miguel Hernández y Federico García Lorca. Dos poetas que nos fueron arrebatados demasiado pronto. Dos poetas a los que nunca es demasiado tarde para volver. El Miguel Hernández que aquí afrontarán es un joven autodidacta que, pese a estar lleno de ambiciones literarias y de ansias de renombre, todavía es más pastor que poeta. Un muchacho pobre de provincias cuya voz lírica está a punto de florecer, de tener un estallido primaveral tan fuerte que su aroma traspasará las barreras del tiempo. Sin embargo, hoy, por alguna razón, por su mirada luminosa, valiente, vital, cruza el desconsuelo de la muerte. Por otro lado, el Federico García Lorca que se van a encontrar es un hombre maduro, sensato y jovial que intuye la sombra de la guerra y se aferra como puede a los últimos días de libertad, de vida, que le brinda la República. No busca la fama. Ya la ha alcanzado. Atrás quedan el *Romancero Gitano* y *Poeta en Nueva York*. En su punto de mira ha fijado el teatro, pues en él ve la posibilidad de alcanzar la poligamia entre música, danza y poesía que nunca debió abandonar la escena.

Está a punto de terminar de deshacerse de sí mismo.

(CASI) HERNÁNDEZ

Unos dicen que fueron amigos. Otros, que en realidad se detestaban. Lo cierto es que, de cuatro cartas que le escribió Miguel a Federico, Lorca sólo contestó a una. Quizá esta humilde ficción les ayude a entender por qué. Ahora mismo ya no son las ocho de la tarde en Málaga. Son alrededor de las cinco de la mañana del 27 de diciembre de 1935 en Madrid. Los ilustres invitados a una fiesta en la casa del futuro Premio Nobel de Literatura, Vicente Aleixandre, están ya de retirada. Entra Federico García Lorca.

La carne vuelve a la sombra.

Luz tenue, bohemia. Finales de diciembre de 1935. Fin de fiesta en un patio de casa señorial.

De a la profundidad siniestra de la sombra al puro centro de la luz, Federico García LORCA, poeta. Su ropa de dandy ha ido cayendo en desgracia por los avatares de una noche bañada en licor, música y tertulia. Alegre y confiado; consagrado.

LORCA

(Entra riendo, con una copa en la mano. Interacciona con nadie y todos.) Nooo, no puede ser. No puede ser que me vaya al baño y que a la vuelta me encuentre con que estéis todos de retirada. Manolo, ven aquí... ¿Cómo que no? Ya te digo yo que sí... Manuel Altolaguirre, por la madre que me parió que tú te quedas. ¿Cómo? Bueno, en ese caso... Venga, vale, vale. Yo mejor que nadie sé lo que es un editor. ¡Un dolor en el bajo vientre, eso es lo que es! Venga, Manolo, cuídate... ¡Eh,

José! ¿A dónde te crees que vas? ¿Qué? Mira, me da igual que tengas una cita con Juan Ramón Jiménez mañana, Bergamín, hoy es hoy. Y hoy, sólo existe la noche. Si quieres hablo yo con el maestro para excusarte, ya verás como no... ¡Bah, venga ya! ¡Otro como Buñuel! Mucho macho y luego ná de ná. Pues nada, venga tira, sí, medio hombre... ¡Pero míralos, si se van a acabar yendo todos! Dámaso, ni se te ocurra, eh... Cernuda, Cernudita, no me fastidies que para una vez que coincidimos, hoy esperaba lo que esperaba... Bah, no si será mejor, ya me han dicho que tú mucho lerele pero poco... ¡Vicente, que eres el anfitrión imponte por el amor de Dios! No, si es que tú también... Vaya panda de aguafiestas, de verdad... No, si ya lo sé Vicente, ya. Que tienes mucho que hacer mañana, que sí, que sí... ¿Te he contado que soñé que te daban el Nobel? Qué dices de exagerar, lo vas a ver. Te tocará ir a Suecia y escuchar cómo un vikingo dice fatal tu nombre: “y el premio Nobel de Literatura es para: don Vicente Aleixandre”. Ay, de verdad chico, qué poco sentido del humor... Pues nada, seguiré yo solo la juerga. ¿Te importa que me quede en este hermoso patio de tu querida Velintonia un ratito más? Total, me va a tocar hacer noche aquí, si no te importa. Y ya mañana tiro para Granada... No, si ya sé que puedo quedarme el tiempo que quiera, pero en nada es Nochevieja y quiero estar con mi madre... No, no te preocupes. No, nada, sólo fumar y beberme otra de estas. Lo mismo escribo algo sobre este fin de año poético que has organizado hoy. Ha sido una velada magnífica, gracias por invitarme... Vale, sí, tranquilo. Yo mando recoger por la mañana. Sí, gracias por todo. Hasta luego, amigo. Que descanses.

LORCA queda solo. Tararea para balancear la alegría a su favor, mientras se escancia otra copa, sorbe su cigarro y escudriña su cuaderno, extraído de los confines de su bolsillo.

De la profundidad misterica de la noche a la penumbra austera del claroscuro, Miguel HERNÁNDEZ, también poeta, se aparece. Envuelto en un traje gastado, pasea un semblante adusto. Si siempre vital, hoy sombrío. Premonición de elegía; la muerte le amarga los labios, la voz incluso.

HERNÁNDEZ

Vaya, heme aquí en estas soledades con el primer poeta de España.

LORCA

Hombre, Miguel. Dichosos los ojos. ¿Dónde te escondías?

HERNÁNDEZ

¿Hoy o siempre?

LORCA

En general.

HERNÁNDEZ

¿Te interesa?

LORCA

Pues claro hombre. Ya sabes que siento por ti mucho afecto.

HERNÁNDEZ

No se nota. Esta noche ni me has saludado.

LORCA

¿Has estado en la fiesta? No te he visto.

HERNÁNDEZ

Y si lo has hecho no te acuerdas, ¿no? Como dijiste aquella vez en Murcia, ¿recuerdas?

LORCA

(Ríe.) Puede ser. *(Se da cuenta de que HERNÁNDEZ lo está taladrando con la mirada).* Bueno, bueno, si las miradas mataran... *(Canta:)*

Anda jaleo, jaleo:
ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo.

LORCA ríe de nuevo. Al ver que en HERNÁNDEZ no amaga una sonrisa, se acerca a él, conciliador.

LORCA

Miguel. Miguelín Hernández. Que sólo te estoy tomando el pelo.

HERNÁNDEZ

¿De verdad? No me había dado cuenta.

LORCA

Venga, Miguel. De verdad que te aprecio. Ven. Tómate una copa conmigo.

HERNÁNDEZ

No contestas a mis cartas. Si te enteras de que voy, evitas las fiestas. Si no lo sabes y te topas conmigo, me ignoras. Aún así, me digno a saludarte pero te ríes de mí. ¿Y ahora quieres que me tome una copa contigo? Ahí te quedas, Federico.

LORCA

Espera, Miguel. No seas tan...

HERNÁNDEZ

¿Qué? Dilo. Bruto. Si sé que lo vas diciendo por ahí.

LORCA

Impetuoso, más bien. Como un caballo. *(HERNÁNDEZ intenta zafarse, pero lo retiene.)* De verdad que siento si te he ofendido, Miguel. Vamos, acepta mis disculpas. Toma.

LORCA le ofrece su propia copa. Aunque suspicaz, HERNÁNDEZ acaba por aceptar.

LORCA

Cuéntame. ¿Cómo va tu obra? ¿Con qué estás ahora?

HERNÁNDEZ

Como si te importara.

LORCA

De verdad que sí, Miguel. ¿Qué tal *Perito en Lunas*? ¿Al fin ha dado sus frutos?

HERNÁNDEZ

Sabes bien que no.

LORCA

¿Ni para que tu editor recupere el dinero?

HERNÁNDEZ

Apenas.

LORCA

Ya es algo. Si tu primer poemario no te sale a deber ya es todo un triunfo.

HERNÁNDEZ

Vano consuelo para un libro que merece mucho más. Bien sabes que en él hay cosas que se superan difícilmente y que es un libro de formas resucitadas, renovadas; que pese a ser el primero y a su falso aire de Góngora encierra en sus entrañas más personalidad, más valentía y más cojones que los de casi todos los poetas consagrados, a los que si se les quitara la firma se les confundiría la voz.

LORCA

Vamos, Miguel. No seas vanidoso de tu obra.

HERNÁNDEZ

No es vanidad, amigo Federico Lorca: es orgullo malherido. Como cuando no respondes a mis cartas.

LORCA

Mi querido poeta: no te he olvidado. Pero vivo mucho y la pluma de las cartas se me va de las manos.

HERNÁNDEZ

Desde luego la pluma es lo primero que se te escapa.

LORCA

Esconde un rato la lengua, amigo, no te la vayas a morder y envenenarte. Cálmate. Estoy intentando conciliar contigo. Escucha: me acuerdo mucho de ti porque sé que sufres con esas gentes puercas que te rodean y me apeno de ver tu fuerza vital y luminosa encerrada en el corral y dándose topetazos por las paredes.

HERNÁNDEZ

Ni te lo imaginas. En mi casa soy el cristo de los cinco sampedros: me niegan padre, madre y sus hijos. Les avergüenza que escriba versos.